

la construcción se tendrá que hacer sobre una recta, de más o menos 32 kilómetros.

Hay dos vías disponibles para atravesar la cordillera, de 12 y 15 kilómetros, respectivamente, bien que se salga a la bahía de Chirichiri o a la de Limones. Por ambas son necesarias esclusas y la obra, si la comparamos con la del canal de Panamá, es factible. Las bahías son muy abiertas y la construcción del cuerpo representará erogaciones crecidas.

LONGITUD DE LOS CANALES

Por el Napipí

Delta del Atrato	12 kilómetros
Sector de Sautatá	68 "
Sector de Curbaradó	90 "
El sector del Napipí	32 "
Istmo	15 "
	<hr/>
	217

y 214 con el istmo de 12 kilómetros.

Por el Truandó

Delta del Atrato	12 kilómetros
Sector de Sautatá	68 "
Truandó inferior	36 "
Truandó curso medio	19 "
Istmo	27 "
	<hr/>
Suma	162 "

Posibilidades industriales del Chocó

Por RAMON LOZANO GARCES

Medellín, septiembre de 1934.

Señor Intendente Nacional del Chocó y señores Miembros de la Sociedad de Agricultores.—Quibdó.

Quiero aprovechar una obligante invitación de los directores de

la revista DYNA a que les diga algo sobre posibilidades industriales del Chocó, para dirigirme especialmente a ustedes en relación con tan interesante tópico. Y lo hago en forma epistolar porque he logrado descubrir que sólo así puedo decir las cosas con mayor sencillez.

Un análisis desprevenido de la estructura económica del Chocó, me fuerza a concluir que en realidad, como tesis general, no tenemos producción industrial. Hay naturalmente excepciones que son: el caso de la producción azucarera de Sautatá y de la extracción de metales por las compañías extranjeras. Pero la gran población vive por la feracidad de las tierras y las riquezas aluviales, ya que no hay esfuerzo aplicado a un mejoramiento de estas y de sus productos. No se descubren chimeneas que denuncien una máquina de transformación, si exceptuamos, vuelvo y repito, el Ingenio de los señores Meluk y Abuchar. El presupuesto es, hoy por hoy, la más floreciente ocupación industrial de la Intendencia. Es esa la realidad, a mi modo de ver, en el terreno económico.

Me saldrán al paso unos muy sagaces recordándome la producción de oro, halagueña en verdad. Pero esta actividad primitiva de nuestros mineros no representa una industria racional. Lo único que hace el gigantesco esfuerzo de nuestros abandonados mineros, es indicar de manera ineludible la vasta riqueza aluvial, y un gasto de energía humana bastante inútil. Un minero nativo que extrae con la batea tres castellanos de oro en ocho horas, podría extraer en el mismo tiempo y del mismo lugar doce o veinte castellanos con algunos implementos que le ayudaran en su noble labor. Pero estamos derrochando capital humano. Se está agotando la población productora de tan benéfica industria por el absentismo de Estado. Que venga el Estado—llámese Nación, Intendencia o Municipio—a ayudar a esos creadores de riquezas, colocando en sus manos o poniendo a su alcance maquinaria sencilla para el aprovechamiento económico de los aluviones.

Se ha dicho desde tiempos inmemoriales que el mayor aporte de la riqueza lo dan las actividades agrícolas. Que son éstas el más bello estimulante de la industria, que hacen hombres fuertes, generosos, sencillos y patriotas.

Al Chocó se le ha señalado siempre como un pueblo minero. Muchas personas eminentes de mi tierra, yo mismo, que no lo soy ni por pienso, han afirmado dogmáticamente que seremos siempre un pueblo minero. Pero no le concedo tanta importancia a esta tesis, que pueda impedirme la demostración de lo contrario.

Hay un hecho histórico irrefutable y es que el Chocó se utilizó desde la conquista como centro minero. A España no le interesaba colonizar estas tierras, sino conquistarlas y extraer de ellas minerales para atender a sus urgencias internacionales y dinásticas. Los españoles entraron fácilmente por dos arterias fluviales al Chocó, sacaron todo el oro que les vino en gana y luego abandonaron la región. Es esta la causa profunda de nuestro embotellamiento. Vinieron después los hechos imperialistas, la Anglo-Colombian, la British y la Chocó Pacífico. Idéntica cosa hicieron. Por los ríos San Juan y Atrato introdujeron sus pesadas máquinas y con eso cumplieron su obra. Pero esto no quiere decir que seamos apenas aptos para la industria extractiva de metales, ni tal. Al lado de esta podemos desarrollar otras miles. Así nos lo dice la naturaleza que nos circunda. Zonas capaces de producir granos para surtir medio continente, capas vegetales semejantes a las de Caldas y el Valle, nos ponen en vigencia para próspero ejercicio industrial del suelo, que ya no del subsuelo, actividades de campo que quiero relieves.

Considero que dos grandes productos agrícolas tenemos como programa inmediato de producción: arroz y bananos. Vamos a sembrar arroz y venga el Estado a ponernos trilladoras o prestarnos dinero—noble función del crédito socializado—para adquirir esas máquinas. Yo creo, señor Intendente, y señores miembros de la Sociedad de Agricultores, que con algunos caminos, con uno siquiera de la costa del Pacífico al Atrato, está salvada por un buen lapso la industria arrocerá.

Tenemos que en estos momentos se está montando una poderosa maquinaria de transformación o calificación del grano en Barranquilla por cuenta de la Arrocerá Central de Medellín. Unáanse los productores de arroz del Chocó, facilítese siquiera el transporte del arroz de la costa del Pacífico al río, y tenemos expedito un vasto mercado para nuestra producción arrocerá. Porque en Barranquilla nos comprarán todo el grano que recolectemos. En varias charlas que con esta gran empresa he tenido, así me lo han manifestado. Y con mayor razón si atendemos a que nuestro grano es superior al que se cultiva en San Jerónimo en este Departamento, y Magangué en el de Bolívar. Creo que el camino más racional consiste en que ustedes—gobierno y particulares—pongan inmediatamente los medios para formar un Sindicato de Arroceros. Hecho eso, el mismo sindicato con el apoyo del Gobierno o aprovechando los servicios del Agrónomo nacional para aconsejar el mejoramiento de los cul-

tivos, su extensión y el racional aprovechamiento de las tierras, vende el arroz a la Arrocería Central en su agencia de Barranquilla. Véase lo que significa para la economía nacional: La Arrocería Central compra grano en Magangué; de allí lo trae a Medellín para trillarlo. Luego ese mismo grano vuelve a la costa haciendo recorridos inútiles. Al producir nosotros el arroz que allá se necesite, le ahorramos al consumidor nacional fuertes cantidades. Esto mientras se construye la carretera Quibdó-Bolívar, porque al concluirse esta vía y entrar en explotación, traeremos a Antioquia todo el arroz que las necesidades del mercado demanden.

Piensen ustedes, el mandatario joven y talentoso, y los honrados y emprendedores hombres de trabajo, en la organización gremial de los productores de arroz del Chocó como un firme paso hacia nuestra prosperidad económica. Para este propósito cuenten con mi modesto pero fervoroso concurso desde aquí, por ahora, y en noviembre y diciembre ya en el propio suelo.

El banano es sin lugar a dudas, una gran puerta de entrada a la riqueza del Chocó. Debemos convencernos ya, de que el experimento de Acandí no tiene precedentes entre nosotros. Es que un municipio que en el año 26 no tenía bananos y en 31 embarca 54.280 racimos de la fruta para el exterior, constituye grande orgullo económico de la Intendencia. Este experimento quinquenal nos muestra claramente, que el Bajo Atrato puede producir diez veces más banano que el propio municipio costanero y que el río Baudó puede sorprender con sus racimos opulentos. Qué diremos de Noanamá y de gran número de afluentes del Atrato y del San Juan. Allá tendremos que ir. Hay que sembrar bananos, pero antes es indispensable canalizar las bocas de los tres ríos: Atrato, San Juan y Baudó. Logrando esto, los barcos apropiados para el transporte de la fruta, podrán llegar hasta los propios centros de producción. Por ahora creo que el más grande empeño oficial debe localizarse en el mejoramiento del puerto de Acandí. Es que hoy, el productor chocoano de bananos en aquel municipio está gravado, fuera de los transportes hasta el puerto, con tres centavos por la conducción de cada racimo de la orilla del mar al barco, y tres centavos por impuesto de exportación. Logremos que se les mejore a esos bravos colonos su puerto y se ensanchará entonces la producción, al par que las entradas a sus presupuestos domésticos serán mayores.

A pesar de la crisis azucarera que terminó con la baja vertical de precios registrada pocos años hace, la producción de azúcar tiene entre nosotros buen porvenir, si se atiende al hecho muy signifi-

cativo de que ya se está exportando para algunos países suramericanos. El ingenio de Sautatá, culminación de grandes esfuerzos, dignos de mayor estímulo, es el único centro genuinamente industrial y autóctono con que contamos en el Chocó. En este ingenio, hay alrededor de ochocientas hectáreas sembradas con caña dulce, que dan un promedio de sesenta toneladas por hectárea. El movimiento de trabajadores llega en las épocas de zafra a seiscientos. Como apunte episódico de los magníficos cultivos de caña del ingenio, piensen ustedes que se han cortado tallos de veintiocho pies y a una sola mata se le han encontrado hasta sesenta cañas. No existe el problema de riego pues hay las aguas suficientes.

Sólo nos faltan vías para distribuir los productos. Antioquia por ejemplo, podría ser un espléndido mercado para el azúcar de Sautatá y considero que se podría llevar hasta el Tolima y Cundinamarca. Desembotéllese al Chocó y tendremos otra vez en camino una gran empresa que honra a la Intendencia y a sus propietarios.

Debemos mejorar la producción de nuestra panela, o mejor dicho, debemos hacer panela. El campesino nuestro, no tiene la menor culpa en la mala calidad del dulce. Técnicos hay que le atribuyen a la falta de drenajes en los terrenos. Creo que debiera hacerse un prospecto completo del asunto por medio del Agrónomo Nacional o por uno intencional que ya se va haciendo necesario.

La industria panelera tiene porvenir en este país y especialmente entre nosotros. Los precios internos son el mayor estímulo para el productor. Debemos, sí, defendernos contra las cien mil unidades anuales que nos envían del Valle y de Antioquia, haciendo el dulce nuestro por lo menos de igual calidad y peso al de estas secciones. No le veo otro camino para resolver el problema, que la fundación de varias cooperativas de productores del artículo, para montar pequeñas o grandes factorías donde se transforme racionalmente la caña dulce. El costo de estos trabajos no es muy elevado y con pequeñas caídas de agua puede moverse un molino. Haciendo un cálculo por lo bajo y dado lo deficiente de nuestra estadística, consumimos en el Chocó cerca de ochocientas mil panelas al año, que producidas, vendidas y consumidas por nosotros, significan, a un precio normal de cinco centavos cada una, la apreciable suma de cuarenta mil pesos que quedan en poder de nuestro campesino. Pero vuelvo y repito, hay que mejorar los terrenos—labor del Estado—y hay que unirse para armonizar la producción. Solo uniéndose en sociedades cooperativas, pueden los productores de dulce conocer las

necesidades de los mercados y repartírselos. Unidos, saben qué producen y cómo producen. Que no acontezca lo que se oye a diario: hoy tuve suerte y vendí a tal precio. Hoy no la tuve y realicé a tal otro. No, señores, hay que comprender que en la vida económica no hay suerte ni fantasmas. Siempre está obrando en todo proceso de esta índole la ley implacable de la oferta y de la demanda. Suben los precios, cuando hay muchos compradores, bajan cuando éstos escasean.

Confío en que una acción coordinada de la Sociedad de Agricultores, de los productores de dulce y del Gobierno, puede llevar a la Industria panelera al alto nivel de prosperidad que alcanza en otras secciones.

Sólo nos resta, para terminar nuestra cordial excursión por los campos, hablarles de la industria ganadera, en la especie porcina. La región de Baudó guarda innumerables cabezas de ganado menor diezmado por las pestes. Nosotros en asocio de Lisandro Mosquera Lozano luchamos en Bogotá porque se enviara a aquel municipio un veterinario. El señor Intendente también se empeñó especialmente por lograrlo. Pero la respuesta fué sencilla: No hay veterinarios en el país. Sin embargo creo que es tiempo de exigir nuevamente este servicio del gobierno central, por lo menos mientras un aventajado universitario chocoano termina sus estudios de medicina veterinaria en la capital de la república.

Si bien es cierto que en el Chocó casi no se consume carne, no lo es menos que la manteca va atada a la más trivial de nuestras preparaciones culinarias. La producción de manteca tiene entre nosotros una importancia manifiesta. El exterior, la Costa y el Valle satisfacen nuestro consumo. Ensayemos esta halagüeña industria de transformación intentándola con toda franqueza.

Vamos ahora a las ciudades. Nuestros centros urbanos apenas si empiezan a trazar linderos con el campo. Es que realmente viene a ser difícil romper la promiscuidad existente. Esto, en teoría sociológica, pudiera ser hasta un gran avance, si nuestros campos estuvieran produciendo, pero desgraciadamente la realidad es muy otra.

Yo considero, por ejemplo, que una fábrica de velas no da resultados hoy. La electricidad ha desplazado este artículo que nos llegó como un mensajero de las ya bien idas témporas. Pero creo al mismo tiempo que debemos orientarnos hacia la industria casera.

En este sentido sigo muy de cerca a un gran maestro de hechos colombianos, el doctor Alejandro López. Es que nosotros debemos temerle al maquinismo tal cual está constituido hoy, y como por leyes ineludibles tiene que estar. Vamos, pues, a llevar a cada hogar el telar individual y la antigua rueca.

Nosotros no nos vestimos bien, especialmente la gran masa rural que es el 95 por ciento de la región. Hay que enseñarle al campesino nuestro a usar siempre zapatos, camisas e interiores. Y para estos trabajos hay en las ciudades numerosos medios-brazos y mujeres a quienes debe incorporarse a la producción industrial.

En Inglaterra todavía subsiste el telar de pedal. Y se explica, porque el artículo así producido es de superior calidad al que se fabrica en serie y con trabajo alquilado en las grandes empresas textiles.

Creo que una invasión de telares individuales a nuestros centros urbanos y también a los campos cuando ya estén más capacitados, forzosamente pondría a gran número de nuestros campesinos a sembrar algodón y a recoger lana. El asunto del hilado de algodón ya está estudiado entre nosotros y el Cónsul colombiano en Londres, doctor López, rindió un luminoso informe al Ministerio de Industrias sobre el asunto. Sólo falta que ustedes se dirijan, bien al cónsul dicho, o al Ministerio de Industrias e inquieran sobre la antigua rueca y sus cepillos para cardar. Mi propósito como miembro del Consejo Administrativo de la Intendencia es proponer una partida destinada a adquirir algunos ejemplares de este precioso instrumento y empezar la enseñanza de su manejo que es sencillísimo.

Necesitamos también producir sacos de cabulla, piña, pita, platanillo para empacar nuestros productos. De las maquinarias indispensables podremos surtirnos en Inglaterra. Deben solicitarse precios tanto de los telares como de las ruecas, todo más o menos del siglo XVII, a cuyo nivel técnico apenas si estaremos en el Chocó.

De los bosques se puede sacar mucha madera fina. Pero esto será objeto de estudios más completos que la excesiva prolongación de esta carta no permitiría. Indudablemente son vastas las cuestiones que podrían esbozarse como coyunturas industriales para una región que guarda en su suelo y subsuelo riquezas que todavía no han sido avaluadas ni estudiadas en su integridad, pero he procurado, dentro de los mermados moldes intelectuales de que he sido dotado, dar una esquema más o menos aproximado de lo más inmediato que tenemos por hacer para romper la estructura actual de

nuestra economía—bastante primitiva en verdad—y llegar por medio del aprovechamiento científico de las fuerzas naturales a un nivel superior.

Excusen ustedes la aburridora epístola con que los he sorprendido, pero no podía menos de hacerlo en los momentos que una nueva era se inicia en el Chocó. Abónenme la buena voluntad y el estudio que tanto escasean cuando se trata de los problemas concretos que han de beneficiar al pueblo.

Crean en su amigo y servidor,

RAMON LOZANO GARCES

El saneamiento urbano del Chocó

Por LUIS F. VALENCIA LOZANO, I. C.

Desde hace algún tiempo venimos sosteniendo el principio de que **sanear también es gobernar**; y hemos llegado a creer, que un gobierno a base de la sola higienización de poblaciones y campos, sería título suficiente para llamarlo bueno y constructivo. Los conglomerados humanos en donde se desconoce la higiene pública moderna, forzosamente tienen que retardar su progreso, y las endemias inherentes a ellos por causas geográficas y topográficas, continuarán en su triste misión de formar individuos carentes de vitalidad y buenas condiciones para poder constituir una raza trabajadora, que no sólo consume sino que produzca. Todo buen gobierno debe acometer alguna obra de saneamiento, porque así, las funciones y actividades administrativas hallarán ambiente más propicio para ser ejercidas con más eficacia. Proceder con un criterio distinto es atentar contra un sagrado derecho de los gobernados, y se peca también, contra la civilización.

El desarrollo que se dé al saneamiento urbano en el Chocó es decisivo para su cultura general, y para que como parte integrante que es de una nación, abandone ese aspecto como de zona casi muerta, en donde apenas se perciben las vibraciones producidas por los grandes fenómenos nacionales. Los chocoanos tenemos urgencia y obligación de iniciar ya el saneamiento de nuestros principales focos de población aun cuando sea de una manera modesta, pero en concordancia con la técnica. Lentamente nos iremos acercando a la